

llos días estuvo él presenciando. «Era cosa mucho de ver, dice, la gente que al hospital va. Corregidor, veinticuatro, jurados, caballeros, deán, canónigos, racioneros, colegiales de todos los colegios, doctores, teólogos, canonistas y legistas, escribanos, procuradores, mercaderes y ciudadanos, los cuales han ido y van y sirven á los pobres, y les dan ellos mismos la comida, puesta una tohalla al hombro, como maestresalas, sin bonetes, hincándose de rodillas al dar del plato, besando primero el plato que lo diesen al pobre, considerando á Jesucristo en el pobre. Y no sólo les hacen el servicio, pero proveen la comida y cena, el Sr. Arzobispo su comida, los canónigos la suya, los racioneros la suya, los colegiales la suya, y así por los demás, daban sus comidas, y buenas, y barrían y fregaban y hacían camas y vaciaban los servicios y enterraban los muertos, tomando las azadas y abriendo las sepulturas con sus ropas de seda, que empleaban en servicio de los pobres» (1). ¡Triunfo incomparable de la elocuencia sagrada!

Suponemos que el lector olvidará en este caso al P. Sánchez, para admirar únicamente la antigua piedad española, que tanto resplandece en este generosísimo arranque. Sólo queremos advertir nosotros, cuál era el resorte que así movía las entrañas de nuestros antepasados. No eran disertaciones doctas, ni tratados morales, ni teorías ingeniosas, ni siquiera citas oportunas de Santos Padres. Todo esto es bueno, y podía entonces, como ahora, producir buen efecto. Pero lo que pasaba de parte á parte el corazón español, lo que le hacía prorrumpir en actos heroicos y sublimes, era el nombre de Jesucristo. Este nombre sacrosanto, pronunciado por labios fervorosos, conseguía triunfos inauditos, en que ni soñar pudiera toda la elocuencia del mundo.

¡Lástima que el P. Bautista hubiese esterilizado con sus extravagancias, en los últimos años de su vida, la gran fecundidad de su predicación! Casi al mismo tiempo que él empezó á darse á conocer el P. Miguel Gobierno, zaragozano, entrado en la Compañía en el colegio de Alcalá el año 1551. El teatro de su elocuencia fué principalmente el centro de España, pues vivió largo tiempo en la provincia de Toledo. También trabajó mucho en la comarca de Valencia y de Murcia.

(1) *Epist. Hisp.*, II, f. 47. Puede verse en el mismo tomo, f. 49, la carta cuádrimestre escrita el 31 de Agosto de 1560, en que se narra más por extenso el mismo hecho.

En esta última ciudad sucedió un caso que merece referirse. Cuando en 1560 empezó á predicar allí el P. Gobierno, viendo la elocuencia con que se expresaba y la grande aceptación que obtenía en el pueblo, un predicador muy conocido en la ciudad, dijo á sus compañeros: «Abajemos ahora las lanzas hasta que pase este fervor, que quizá se agotarán los cartapacios.» Debió creer que todo el caudal oratorio de nuestro predicador eran algunos sermones bien trabajados y pulidos de antemano. Mas como observó que pasaba un mes y otro mes, y un año y casi dos años, y siempre el jesuíta se explicaba con la misma elocuencia y arrastraba en pos de sí á todo el pueblo, el buen predicador hubo de reconocer, como él mismo decía, «que la elocuencia del P. Gobierno no era negocio de cartapacios». Á fines de 1562 se contaba de ese mismo predicador, que, cuando quería predicar, preguntaba: «¿Dónde predica Gobierno?» Si le respondían que lejos de su iglesia, decía él: «Tañe á sermón.» Si le decían que cerca, añadía él: «No tañáis, pues no ha de venir nadie» (1).

Según nos refieren sus contemporáneos, distinguíase la predicación del P. Gobierno por un fervor intenso, mezclado de cierta amorosa dulzura. En ninguna parte quizá consiguió triunfos más insignes que en Madrid, en la cuaresma de 1568. Copiamos el juicio del prudente P. Saavedra, que le tuvo en su colegio de Madrid todo aquel tiempo: «Gobierno, dice Saavedra, lo ha hecho maravillosamente. Ha predicado cinco sermones cada semana, mejor que predicó en su vida. Ha llevado á toda la corte tras sí. Semana ha habido que ha predicado dos sermones en palacio. Hase gustado mucho de su doctrina. Nuestro Señor le ha favorecido como Padre de misericordia, y aunque ha habido grandes predicadores de todas Órdenes, en el concurso de la gente ha llevado la delantera» (2).

6. Pero el misionero más ilustre que evangelizó las tierras de España en este tiempo, fué sin disputa el P. Dr. Juan Ramírez. Había nacido en Córdoba el año 1521 (3), y hechos con lucimiento los estu-

(1) *Epist. Hisp.*, IV, f. 151. El autor de la carta no pone el nombre de ese predicador, pero dice haber escuchado de su boca lo que escribe.

(2) *Ibid.*, XII, f. 56. Madrid, 21 de Abril de 1568.

(3) Algunos autores han hecho natural de Madrid á este Padre; pero en el catálogo de las provincias de España, hecho en 1574 por orden del P. Polanco, se le llama natural de Córdoba, y se le dan cincuenta y tres años de edad, fijando su residencia actual en Sevilla. Este catálogo, compuesto en presencia del P. Ramírez (por lo que toca á Sevilla), y con datos suministrados, sin duda, por el mismo Ramírez, debe tener más autoridad que el dicho de historiadores posteriores.

dios eclesiásticos, dióse por discípulo del B. Juan de Ávila. En la escuela de tan gran maestro aprendió, no solamente el arte de la elocuencia, sino lo que vale más, el celo apostólico de la salvación de las almas. Á imitación de su maestro, dióse á la predicación, y aunque consiguió no pequeños triunfos, experimentó también pesadas contradicciones de parte de algunos, que no miraban con buenos ojos á un sacerdote seglar ejercer un ministerio que se creía vinculado á los frailes. Viéndose en este embarazo, y sintiendo, por otra parte, vocación irresistible á predicar, juzgó que le convendría entrar en alguna Orden religiosa, que le allanase el camino para cumplir sus santos deseos. Detenía en el siglo el cuidado de su madre, que no tenía en el mundo más amparo que él; pero habiéndose Dios llevado á la piadosa señora, luego el Dr. Ramírez pretendió entrar en la Compañía.

Logró sus deseos el año 1555, y empezó su noviciado en Alcalá. Antes de terminarlo le enviaron, en el otoño de 1556, á Zaragoza (1), y de allí, poco después, á Granada, que fué ilustre teatro de su celo apostólico durante unos dos años. Ya vimos, en otra parte, la tempestad que allí se levantó en la cuaresma de 1558 contra él y contra la Compañía. Salió airosa la reputación de ambos, y poco después era llamado á Toledo el P. Ramírez, para proseguir en aquella ciudad, donde á menudo acudía la corte, sus tareas apostólicas. Ninguno de los Nuestros conmovió por entonces tan profundamente la ciudad de Toledo como el P. Ramírez. Vamos á copiar un fragmento del P. Juan Manuel, que, no sin entusiasmo, refiere los triunfos del nuevo predicador.

«El P. Dr. Ramírez predica con grande acepción y fruto en esta corte. Cierta pone admiración la mucha gente que le sigue, el grande aplauso con que reciben todos su doctrina, el gran respeto que le tienen. Este invierno ha hecho en esta ciudad muy grandes fríos, y así los pobres, principalmente los vergonzantes, han padecido mucho, no teniendo muchos de ellos vestiduras para cobijarse de día, ni mantas ni jergones con que ampararse del frío de la noche, tanto, que se hallaron algunos helados y muertos á la mañana.

Como viniese esto á oídos de nuestro predicador, sintiólo mucho en su corazón; y subiéndose en el púlpito, comenzó á reprender al pueblo de tanta crueldad y á amonestar á todos que luego socorran á Cristo en sus pobres y lleve cada uno lo que pudiere á dos ciuda-

(1) *Epist. mixtae*, t. v, p. 564.

danos (que para eso nombró), los cuales tengan cargo de visitar las casas de los pobres y proveerles de lo necesario. Cosa fué de ver con cuánta devoción y prontitud comenzó la gente á enviar cosas por espacio de muchos días. Unos daban á cada cien reales, otros á cada cincuenta, otros, quitando de sus propias camas las sábanas, las daban; enviaban muchos capas, calzas, sayos, camisas y otras ropas para que se vistiesen los pobres: hombres hubo que dieron piezas enteras de paño para que de allí se hiciesen vestidos. Uno envió una espuerta de zapatos nuevos. Un sacerdote dió su librería, que se vendiese para esta obra. También las mujeres de nota se quitaban sus vestiduras de seda y sus joyas de oro, y las ofrecían para lo mismo; pues los dos ciudadanos ya dichos allegaron grande suma de dinero, y compraron de ellos tantas vestiduras, sábanas, mantas, jergones, que cuasi se suplieron todas las necesidades urgentes desta ciudad, que parece cosa increíble, tanto que, hecha la limosna, se hizo diligente pesquisa por todas las parroquias y calles, y no se pudo hallar pobre alguno que no hubiese sido en alguna manera socorrido de estas limosnas, y aun lo que más es, sobraron dineros para tornar á darles» (1).

La inmensa celebridad que alcanzó en Toledo nuestro predicador la declara el hecho singular de que, habiéndose divulgado que querían enviar al P. Ramírez á Valencia, juntóse la ciudad en ayuntamiento, y todos, sin discrepar ninguno, determinaron enviar un correo á San Francisco de Borja, pidiéndole que no les privase de tan insigne predicador. «Nunca se acuerdan las gentes, dice el P. Juan Manuel, haber pedido la ciudad con tanta solemnidad y autoridad algún predicador» (2).

En la primavera de 1561 fué á Barcelona, donde predicó algunos meses con increíble concurso y fruto espiritual (3). En 1562 fué mandado á Valencia, y los que recuerden el entusiasmo religioso con que los valencianos habían escuchado al P. Araoz, podrán imaginarse fácilmente el efecto maravilloso que produciría el P. Ramírez. Un año largo permaneció en aquella ciudad, y decíase comúnmente, que desde San Vicente Ferrer no había visto Valencia un predicador tan celoso y fecundo en frutos espirituales (4).

(1) *Epist. Hisp.*, II, f. 78. Toledo, 9 de Setiembre de 1560.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*, III, f. 344.

(4) *Hist. ms. del colegio de Valencia*, c. 23. Según esta historia, allí en Valencia,

Una breve excursión hizo á Játiva para sosegar las terribles discordias que dividían á los habitantes de aquella población. Conseguido plenamente su objeto, volvió á Valencia, donde predicó la cuaresma de 1563. De Valencia pasó á Barcelona, y de Barcelona á Zaragoza. En esta ciudad predicó el adviento de aquel año (1). Hubieran querido detenerle largo tiempo los zaragozanos, pero la obediencia llamó al P. Ramírez á Salamanca, donde entró á principios de 1564.

7. Triunfante parece que caminaba todos estos años el P. Ramírez en su carrera apostólica, y quien sólo formase juicio por ciertas relaciones impresas que poseemos acerca del éxito de sus sermones, pudiera creer que nada embarazaba los pasos de tan insigne predicador. Y, sin embargo, no era así. El primero en trastornar una obra tan admirable era el mismo P. Ramírez. Desde el principio se le notó mucha impetuosidad de carácter, lo cual nada tiene de extraño en un hombre elocuente. Con esto se juntaba gran dureza de juicio, afición á opiniones rígidas y estrechas, y, sobre todo, cierta propensión vehemente á reprender desde el púlpito los pecados de altos personajes, olvidando las reglas más elementales de la prudencia.

Estas ideas las expuso el mismo P. Ramírez en una larguísima carta que dirigió desde Valencia al P. Laínez por Julio de 1562. El objeto de toda ella es advertir al P. General que se va metiendo en la Compañía «cierto temor mundano paliado con espíritu de prudencia», el cual hace que nuestros predicadores y confesores no cumplan como deben con su oficio. Cristo prometió á sus discípulos que serían perseguidos como él lo fué. Si, pues, no padecen persecución nuestros predicadores, antes recogen muchas alabanzas del pueblo, es porque son perros mudos que no se atreven á ladrar contra los vicios. Obsérvase, además, en los Nuestros gran deseo de contentar á los príncipes y de conservar la amistad de grandes señores. Por otra parte, estos altos personajes que se confiesan con tal ó cual Padre de la Compañía, vemos que, aunque se enmiendan en pecados personales, como juramentos y adulterios, se tratan

y en el año 1562, sucedió el caso asombroso de aquella joven que, habiendo sido muy buena y caído en un pecado vergonzoso, se confesó sacrilegamente con el P. Ramírez, y muriendo de repente poco después, se le apareció al Padre rodeada de llamas.

(1) *Epist. Hisp.*, vi, f. 306.

con mucho lujo y ostentación, no refrenan los pecados de sus vasallos, y dejan correr innumerables abusos. ¿No habrá en esto alguna excesiva condescendencia por parte de nuestros confesores? Es también de notar que, cuando hay sobre un punto moral dos opiniones, una estrecha y otra ancha, ordinariamente nos vamos á la ancha y benigna. Por todas estas razones propone el P. Ramírez que examine detenidamente este punto el P. General, que lo consulte con personas prudentes, no sólo de la Compañía, sino de fuera de ella, como serían, por ejemplo, el P. Mtro. Ávila y Fr. Luis de Granada, y que después dé á todos algunas reglas prácticas para no faltar en la entereza y rectitud con que se debe predicar y gobernar á las almas. En particular propone esta duda al fin de su carta. Cuando el juez de un pueblo, ú otro ilustre personaje, es público amancebado, ¿se le podrá reprender desde el púlpito, estando él presente? (1).

De sobra se conoce por este escrito el celo ardiente, pero intemperante y tempestuoso, que animaba al P. Ramírez. Satisfizo á esta carta el P. Laínez con otra muy discreta, que escribió desde Trento el 22 de Noviembre de 1562. Alaba, ante todo, el buen celo que manifiesta en su carta el P. Ramírez. Mal caso sería, ciertamente, si los predicadores dejasen de decir la verdad por respetos humanos, pero en el modo de proponerla conviene proceder siempre con la prudencia debida. Cultivar la amistad de príncipes y señores no es malo, si se hace con recta intención y buen modo. Así obraba San Pablo, quien procuraba hacerse todo á todos con el fin de ganarlos á todos para Cristo. Dos fines podemos tener en la amistad de los príncipes: uno, aprovechar á sus almas; otro, ganar su favor y protección para las obras del divino servicio. Si no podemos conseguir ambas cosas, bueno es que siquiera consigamos una. Si no podemos convertir á un príncipe, ¿qué pecado hay, por ejemplo, en procurar que dé limosna á un hospital, que prohíba algún abuso, que favorezca á una obra piadosa? En cuanto á las faltas que, según el P. Ramírez, disimulan los Nuestros en los grandes, es de creer que no serán pecados mortales, pues supone el P. Laínez que nuestros confesores tienen la ciencia y conciencia suficiente, para no absolver á quien no quiere apartarse de un pecado mortal. Satisfaciendo así á las razones del P. Ramírez, insiste el P. General en la prudencia con que se debe proceder en todo. «El celo, dice, no reglado por prudencia

(1) *Epist. Hisp.*, v, f. 209.

viene á impedir, finalmente, el fruto del divino servicio y bien común» (1).

Poco aprovecharon estas advertencias al P. Ramírez. En los años siguientes continuó reprendiendo, sin miramiento alguno, los pecados de todo género de personas, y, lo que más espanta, se tomó la libertad de reprender desde el púlpito á los obispos. «En esto del reprender, escribía el P. Portillo, tiene unas opiniones [el P. Ramírez] que dice que la conciencia le dicta que ha de reprender, y reprende señalando, y con tanto escándalo, que hay bien que remediar, y en lo de reprender los obispos está recísimo» (2). Alarmado el P. Láinez por este defecto, juzgó necesario tirar fuerte de la rienda á tan inconsiderado predicador. Habíase pensado concederle la profesión en la primavera de 1564. Pues cuando se esperaba de un momento á otro esta concesión, llega una carta del P. General, dirigida al P. Araoz, en la cual se le mandaba dilatar la profesión al P. Ramírez hasta ver si éste sometía su juicio á la santa obediencia. Y como el defecto parecía necesitar remedio extraordinario, encargábase al P. Araoz enviar al P. Ramírez con un pretexto cualquiera á Barcelona. Allí encontraría éste una carta en que se le llamase á Roma (3).

Terrible impresión produjo este golpe en el P. Ramírez. Por un momento concibió el desatinado pensamiento de salirse de la Compañía, después anduvo dando vueltas algún tiempo á la idea de pasarse á la cartuja; pero al fin venció la gracia á tan importuna tentación. Un día hincóse de rodillas el P. Ramírez, y con toda la fuerza de su alma hizo voto de no abandonar la Compañía y de no pedir jamás que le hicieran profeso (4). Este acto generoso decidió la batalla. Informado prontamente de todo el P. Láinez, mandó suspender el viaje á Roma y concedió la profesión al P. Ramírez (5).

Otro beneficio importante hizo Dios en Salamanca á nuestro predicador, y fué que el P. Fernando de Alcaraz, que enseñaba entonces teología en aquel colegio, refutó victoriosamente algunas opiniones rígidas y singulares que Ramírez solía predicar, y le enseñó á moderar ciertos ímpetus imprudentes y á no fiarse tanto de su juicio en materia de doctrina. Esta noticia nos la da el Provincial de Cas-

(1) *Regest. Láinez. Variarum Prov.*, t. 1, f. 58.

(2) *Epist. Hisp.*, VII, f. 181.

(3) *Regest. Láinez Hisp.*, 1559-1564, f. 365.

(4) *Epist. Hisp.*, t. VI, f. 196.

(5) *Regest. Láinez*, 1564-1566, f. 3.

tilla, P. Juan Suárez, que escribía de Salamanca, el 21 de Junio de 1564, lo siguiente: «El Dr. Ramírez es aquí tenido por hombre docto y siervo de Dios, y muy buen predicador..... No ha habido ruido de opiniones particulares, porque el maestro Alcaraz se las ha atropellado y le ha puesto miedo. Y viendo esto, he pensado tornar á pedir á V. P., por amor de Dios, no permita que el maestro Alcaraz vaya por ahora de este colegio, porque, ido él, no queda quien al Dr. Ramírez le vaya á la mano» (1).

Entretanto, á pesar de las bravas tormentas que le agitaban interiormente, continuaba éste ejercitando con brío su talento en la predicación. El mismo rector de Salamanca, que comunicaba al P. General la noticia de las internas tribulaciones de Ramírez, añadía al fin de la carta esta expresión: «Él ha hecho y hace su oficio admirablemente y con gran fruto de toda esta universidad.» El P. Provincial, en la carta citada más arriba, dice: «Él solo ha hecho más fruto que cuantos predicadores hay en Salamanca, que son de los mejores de España.» Así era la verdad. En pocas ciudades recogió nuestro predicador un fruto tan sólido como en Salamanca. Su auditorio solía componerse en gran parte de maestros y estudiantes, y como se deja entender, el éxito de sus sermones no fué simplemente la conversión de los pecadores, sino también la vocación religiosa de muchos jóvenes, entre los cuales no es posible olvidar al entonces oscuro escolar y después eximio doctor, Francisco Suárez. El P. Hernando de la Concha, recopilando el fruto espiritual de los cuatro primeros meses de 1564, dice que en nuestra casa las confesiones han pasado de seis mil trescientas, y de ellas las cuatro mil quinientas han sido de estudiantes y muchos generales (2).

Unos tres años se entretuvo Ramírez entre Salamanca, Medina del Campo y otros pueblos de aquella comarca. En 1568 le vemos asomar en Segovia, y aunque fué allí para breve tiempo, conmovió tanto los ánimos, que la ciudad pidió á San Francisco de Borja se lo dejase por dos años (3). No pudo accederse á esta petición, pues se le deseaba ardientemente en Madrid, adonde fué trasladado en el verano de aquel mismo año. El éxito obtenido en la corte lo declara el P. Saavedra, escribiendo á San Francisco de Borja: «Todos estos días pasados, después que el Dr. Ramírez vino de Segovia, ha estado

(1) *Epist. Hisp.*, VI, f. 177.

(2) *Epist. Hisp.*, VI, f. 175.

(3) *Ibid.*, XIII, f. 518.